

ARQUITECTURA Y CIUDAD HISTÓRICA

José Seguí Pérez
Arquitecto

La decisión de abordar los problemas del Patrimonio Histórico mediante los instrumentos urbanísticos que aporta el planeamiento, no es sólo una decisión de carácter legal o exclusivamente administrativa. La intervención urbanística dispone de las mejores capacidades y respuestas para afrontar muchos de los problemas que plantea el Patrimonio de los Cascos Históricos de nuestras ciudades.

El valor de los Cascos Históricos para la cultura arquitectónica y urbanística actual está en su capacidad de adaptación a los cambios y al devenir de la ciudad, en la capacidad de modernidad y de futuro que los mismos sean capaces de proyectar. El pensamiento profesional encuentra su madurez al enfrentarse al Casco Histórico entendiendo sus relaciones y semejanzas con la ciudad, y no sus aparentes antagonismos.

La intervención arquitectónica en nuestros edificios históricos se ha constituido en uno de los más importantes debates profesionales de la actual cultura arquitectónica de estos últimos años. Sin embargo, la enorme ambigüedad del propio concepto de la "intervención", impide encontrar una adecuada referencia que clasifique el significado de la intervención arquitectónica y de los objetivos de la actuación sobre los valores que denominamos de lo "viejo" y de lo "nuevo".

Efectivamente, las distintas actuaciones de restauración, conservación, rehabilitación, reutilización... que sobre un edificio se realizan, parecen ser denominadas con el mismo concepto genérico de "intervención". Y sin embargo,

podríamos detectar que detrás de cada una de dichas actuaciones hay una diferente concepción de la manera y forma de interpretar el discurso arquitectónico que emana del propio edificio existente.

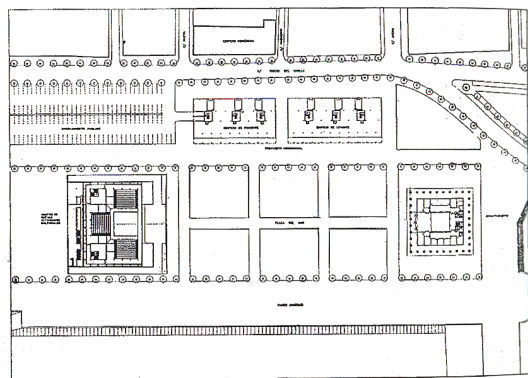
Es evidente que la formación histórica de la ciudad se realiza a través de una compleja simbiosis entre los diferentes momentos (unas veces contradictorios y otras veces coherentes) de su historia. Los ejemplos históricos de los asentamientos de las nuevas ciudades griegas y romanas, musulmanas y cristianas..., nos demuestran cómo se van superponiendo unas a otras sin más consideración histórica que la valoración física y topográfica de sus anteriores asentamientos que han de servir como mero soporte material a la yuxtaposición de unas nuevas arquitecturas y estructuras urbanas.

La conciencia histórica del pasado y presente, y su correspondiente valoración en cuanto a las intervenciones urbanas y a la producción de ciudad, habrá que buscarlas a partir de la nueva manera de intervenir que se origina con el Renacimiento. Es a partir de este momento cuando se plantea la actuación arquitectónica e intervención urbana desde la propia valoración crítica de la trama urbana existente, con el principal objetivo de integrar y asumir el pasado urbano desde una propuesta unitaria de proyecto de ciudad, sin que el problema de esta integración se reduzca a la fiel o mimética interpretación historicista de dicho pasado urbano, sino por el contrario que adquiera su propia lógica dentro de la congruencia interna del futuro proyecto de ciudad.

73



*P.G.O. de Ronda:
plano de ordenación del
Centro Histórico*



*Plan Especial del Casco Histórico
de Puerto Real, Cádiz:
propuesta de la Plaza del Mar*

dad. Es evidente que el Movimiento Moderno estuvo ajeno a este discurso, mostrando cierto distanciamiento y una efectiva deformación al pasar del anterior concepto de “restauración-integración” al concepto de “conservación-mantenimiento”, como puede traducirse en los contenidos de la Carta de Atenas de 1931 o Texto de Venecia de 1964. Todo ello ha dado lugar a una serie de actitudes basadas en estereotipados principios conservacionistas que ha originado una situación ciertamente confusa en la manera y forma de intervenir en nuestras ciudades.

Parece que ya no hay dudas ni grandes discrepancias sobre la necesidad de entender la intervención en la ciudad histórica en congruencia con las estructuras preexistentes; lo que sin embargo está menos claro en la práctica habitual -y por eso ha de ser objeto de explicación en cada intervención- es cuál debe ser la relación entre la intervención (lo nuevo) y el espacio y la arquitectura (lo viejo). El problema de la integración entre lo “nuevo” y lo “histórico” ni puede reducirse hoy al fiel respeto de lo existente, ni refugiarse en la impremeditación e inconsciencia de lo caprichoso; más bien convendría buscar la lógica de cada intervención en

lo “unitario” del proyecto de ciudad que ha de alentarlas: después del Clasicismo sabemos que la cultura urbanística no puede satisfacerse ni con el sentimiento estático y museístico de la ciudad que alientan aún los conservacionistas, ni con los discursos de capricho y frivolidad de los escenógrafos autónomos desde un proyecto general y unitario de renovación de la ciudad.

Es una orientación del pensamiento urbanístico que tiene sus raíces en el conocimiento analítico del espacio de la ciudad, que se fundamenta estéticamente en la confirmación de la “continuidad temporal” con que se manifiestan las estructuras urbanas: los métodos de intervención han de anclarse estéticamente en el conocimiento y mostrar cierta continuidad de lenguaje, algunas claras referencias a los valores urbanos socialmente asumidos. Y además cada intervención ha de justificarse en su dimensión práctica (o ética), ha de mostrar sus valores funcionales y su factibilidad razonable. La opción que propugnamos para nuestros Centros Históricos está pues tan irremediamente alejada del conservacionismo historicista como de la tiranía de los banales proyectos grandilocuentes pero de vacía cultura urbana, tan de moda en nuestros días.

Así pues, es evidente que esta nueva consideración de la intervención arquitectónica como concepto “integrador y rehabilitador” aparece precisamente en el momento en que se produce una conciencia de la historia, una evidencia en que las condiciones establecidas en el pasado son diferentes a las del presente y que por tanto la intervención tiene que asumirlas en un proyecto de futuro.

De esta manera, el objetivo principal de la intervención sobre la realidad construida será unificar el espacio de la ciudad convirtiendo la práctica de la arquitectura en un adecuado instrumento de intervención que tenga en sí misma su propia coherencia y unos concretos objetivos por construir la ciudad homogénea, asumiendo las diversas estructuras existentes en un único proyecto de ciudad que ha de tener su propia unidad.

¿Cuál sería la situación en la que nos encontramos actualmente? Por un lado, será importante replantearnos nuestra relación con los edificios históricos. Es necesario pasar de las actitudes distantes y evasivas, a otras actitudes más discretamente generosas basadas en coherentes intervenciones proyectuales cuyo principal y fundamental objetivo sea la conservación del edificio dentro de la unidad del proyecto de ciudad que lo soporta, y concebidos según la propia expresión y lógica del edificio histórico. En definitiva se trataría de entender que los problemas de la intervención arquitectónica sobre los edificios históricos son fundamentalmente problemas de arquitectura, en donde la expresión de la arquitectura histórica es asumida por la arquitectura del presente a partir de un proyecto unificado y global de ciudad futura.

Por otro lado, será necesario aceptar la capacidad que tiene el propio edificio histórico para expresarse por sí mismo sin necesidad de provocar otro proceso que no sea el de dejar

“hablar” al edificio a través de su propio estilo y realidad arquitectónica. En definitiva, los problemas de intervención en la arquitectura histórica no son problemas abstractos, sino concretos problemas sobre estructuras concretas, ante las que habrá que responder en cada momento de la historia con el mejor discurso arquitectónico que el profesional pueda aportar en cada momento histórico.

Así pues, es evidente que esta nueva consideración de la intervención arquitectónica y urbanística como concepto “integrador y rehabilitador” aparece precisamente en el momento en que se produce una conciencia de la historia, una evidencia en que las condiciones establecidas en el pasado son diferentes a los del presente y que por tanto la intervención tiene que asumirlas en un proyecto de futuro.

Es desde ese nivel desde el que reclamamos la intervención y la rehabilitación urbana integral como métodos de trabajo, evitando así que los Centros Históricos se conviertan en auténticas “periferias” de nuestras ciudades (invirtiéndose los “papeles” de las relaciones centro-periferia) al perder, de alguna manera, la “modernidad y pluralidad” sobre la que fueron concebidos en su origen urbano. En este sentido, este planteamiento puede ser, y debe ser, un buen instrumento de intervención y gestión en el análisis global de la ciudad y en la recuperación del papel que el Patrimonio del Centro Histórico debe jugar en dicho proyecto unitario de ciudad. La cualificación de su realidad social deberá ser la clave fundamental hacia la que debería moverse la legitimación del encargo profesional en la intervención y rehabilitación de nuestros Cascos Históricos y su Patrimonio: la recuperación de su “modernidad” cultural y la “pluralidad” del conjunto de sus funciones, recuperando el “valor de disfrute” de los Centros Históricos y dotándolos de capacidades de futuro y bienestar.